

ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Por JUAN LISCANO

Si se hiciera hoy, en forma mecanizada para evitar fraudes, un referéndum o un plebiscito para saber si los venezolanos están de acuerdo con la actual democracia hegemónica de partidos o si anhelan un cambio, poca duda cabe de que la mayoría más aplastante votaría por el cambio.

La experiencia democrática empezó mal, con el golpe de Estado a un gobierno liberal y a un régimen en plena evolución política, hacia una democracia con elecciones directas. La premura de los líderes de A.D. para alcanzar el poder y la presión de una conspiración militar de la oficialidad subalterna, de mayor para abajo, deseosa de mejorar la institución armada, determinaron el golpe cruento. AD lo aprovechó para crecer y luego fue derrocada, a los tres años. Tras una década de régimen castrense dictatorial y una lucha valiente en la clandestinidad, AD regresó al poder y se inició el sistema de partido imperante. Siempre he distinguido los tres primeros quinquenios de los cuatro otros, estando el actual en cumplimiento. En los tres primeros quinquenios, los dolos y el enriquecimiento ilícito, que seguramente existieron, no tuvieron el carácter colectivo escandaloso y cínico de los cuatro períodos ulteriores. Con el gobierno de Lusinchi-Ibáñez se alcanzó a establecer, como fin mismo y de la política, el enriquecimiento ilícito.

Si esa curva descendente en la moralidad gubernamental, reflejada en el sector empresarial y en las masas organizadas o no, hubiera sido compensada con el alza de nivel en las prestaciones de servicios, en la sensibilidad social, en el mejoramiento de la calidad de la vida, en la atención a la seguridad del ciudadano en todos los aspectos, en un orden jurídico respetuoso de la justicia, en una administración que gerenciara no sólo el aprovechamiento de comisiones, sino los bienes de la nación, otorgando prioridad a éstos, la situación actual no tuviera carácter explosivo amenazante ni lograría el consenso contra el régimen y los partidos hegemónicos.

No es así. Lo prioritario, para los partidos hegemónicos AD y Copei, con sus adláteres, consiste en el enriquecimiento ilícito para la maquinaria interna y para determinados líderes y amigos. Después, con el dinero que queda, se atiende a los servicios sociales, a la seguridad del individuo, a las obras públicas enormemente recargadas en sus costos, porque la fuente de ingresos para los partidos, los particulares amigos y los correligionarios, se oculta allí. Pasma oír al diputado adeísta Antonio Ledezma, declarar que 850 millones de bolívares para la autopista de Oriente, típica obra del combo luschista-ibañista, no concluida y deteriorada ya, fueron otorgados sin contratos. Las cifras ofrecidas por Ledezma tipifican la inmoralidad administrativa y el despilfarro de la administración pública de 20 años para acá. Allí estriba una de las causas fundamentales de la crisis financiera actual y del subdesarrollo. No son las circunstancias solamente las que determinan las crisis, hechos por lo demás eventuales y superables, sino la condición individual del venezolano, cada vez más degradada, más ávida de dinero y carente de principios éticos.

Leyendo la notable biografía de Juan Vicente Gómez, por Tomás Polanco Alcántara, tan objetiva e imparcial como bien escrita y documentada, un modelo a seguir, se descubre que Gómez, si bien padecía de terrofagia, de "avaricia", dice Polanco; de "crueldad y prepotencia", también "acabó con las guerras civiles, pagó la deuda pública, hizo por primera vez posible la comunicación menos difícil entre diferentes partes del territorio nacional, organizó el Ejército y la Hacienda Pública, unificó al país e inició el control de la inmensa riqueza petrolera". Gómez venía del agro y del pastoreo, de una historia bárbara, de una tradición de revueltas y guerras fratricidas y fue sorpresivo que, en vez de gobernar como uno de esos dictadores locos de Iberoamérica —Melgarejo, Estrada Cabrera, Hernández—, aplicara a la función gerencial pública el criterio de un hacendado serio, organizado y trabajador. Fue mucho más sensato que Castro en su vida privada y política. A su sombra formó criterios propios de gobierno, pensados, nunca improvisados, y se rodeó de un equipo de gobierno constituido por hombres notables, muchos de los cuales, como Gumersindo Torres, salieron del gabinete con la misma fortuna que cuando entraron. Gómez no podía ser la bestia que la oposición describió, cuando sabía escoger colaboradores calificados y éstos aceptaban servirle, como Pedro Emilio Coll y Zumeta, Gil Fortoul y Vallenilla Lanz, Díaz Rodríguez y Gil Borges, Arcaya, Román, Cárdenas, Abel Santos.

Gómez significó un progreso en relación con la era del caudillismo y del liberalismo. Por las buenas o por las malas, pacificó al país. Lo aprovechado para su fortuna personal, lo dejó en Venezuela, a su muerte, y el Congreso, en 1936, confiscó todos sus bienes, los cuales ingresaron al Estado. Ese hombre telúrico no parecía creer en las inversiones en el extranjero, como los peculadores de la democracia.

Precisamente, lo terrible consiste en descubrir que políticos formados en la tradición antigomecista y antidictatorial desemboquen en fabulosos enriquecimientos ilícitos personales, colocados en el exterior; formen parte de maquinarias partidistas que funcionen con ingresos dolosos de la administración pública; controlen, mediante soborno, amenaza o seducción política, a jueces, fiscales y magistrados de la Corte Suprema, para gozar de impunidad; dispongan de dinero suficiente para gastarlo en elecciones carnavalescas y mantenimiento de organismos políticos parasitarios, mientras se derrumban la asistencia hospitalaria, la seguridad social, la educación, y cunde en las masas el hambre, la marginalidad y el delito.

Se impone la necesidad de otra concepción de gobierno. Hay muchas vías para lograrlo. La más expedita sería pedirle a Rafael Caldera, presidente de la Comisión de Reforma del Congreso, acoger las consignas antihegemónicas del sentir nacional y luchar desde su posición, para que se convoque a una Asamblea Constituyente, representativa de nuestra colectividad y no solamente del bipartidismo burocratizado y corrupto. Caldera tiene talla para librar una batalla así. Es una figura nacional y ya no copeyana.

Lo peligroso de la situación actual es que el estallido social se produzca espontáneamente como el 27 de febrero y no se tengan otras alternativas políticas que la defensa de un sistema podrido como el imperante o la violencia popular sin cauce ni conducción. El Frente Patriótico seguirá luchando legalmente por

la convocatoria a una Asamblea Constituyente reformista, que limite la acción partidista, la controle y se abra a todos los demás sectores de la población, como está sucediendo en Colombia.

[*El Nacional*, jueves 9 de agosto de 1990]

JUAN VICENTE

Por GUSTAVO LUIS VELÁSQUEZ B.

La Historia es fuente de sabiduría social y política. Por ello, para los curiosos de la Historia y para los interesados en la política, resultan de mucha importancia los estudios que, sobre Juan Vicente Gómez y su época, se hacen hoy día.

A tales fines, resulta indispensable la lectura de la más reciente obra del Dr. Tomás Polanco Alcántara, "Juan Vicente Gómez: aproximación a una biografía".

Encontramos en la obra de Polanco, no sólo el esfuerzo por mantener en todo momento la objetividad de los hechos que narra, sino que además es compañero del lector, cuando le plantea sus dudas acerca del origen de algunos episodios e intenta buscar la respuesta lógica y verdadera, para que así el lector saque sus propias conclusiones de una época y de un personaje al que políticos e historiadores han manejado con extrema subjetividad.

A través de la crónica de los acontecimientos y mediante un detallado análisis de las situaciones políticas que Gómez tuvo que enfrentar y resolver, Polanco indirectamente intenta entrar en su psicología y revelarnos características esenciales de su personalidad.

Polanco estudia casi todas las facetas de Gómez como ganadero, militar y negociante. Pero la que más nos llama la atención es precisamente su habilidad como político. Encontramos, en su libro, a un hombre de mando, un político coherente, que como gobernante se empeñó en entender las situaciones que lo rodeaban y así establecer una conveniente relación entre la ley y sus intereses. Encontramos a un Gómez con una impresionante capacidad organizativa, con la cual maneja minuciosa y simultáneamente las cuestiones gubernamentales, militares y económicas, sin perder de vista la importancia de las relaciones internacionales y su influencia en el gobierno.

Vemos cómo Gómez se fue a Maracay, cuando entendió que parte de su fortaleza política estaba en no dejarse rodear ni influenciar por los círculos de adulantes de la capital, en el cual precisamente quedó atrapado su compadre Cipriano Castro.

Sin embargo, lo que debemos entender, y no podemos perder de vista, es que toda esa organización se estructuró para servir solamente a sus intereses personales. Gómez concibió un Estado para él, concibió justamente el Estado gome-

cista y no un Estado para el desarrollo colectivo. Gómez intentó perdurar en el mando a través de su familia, y no pudo lograrlo. Sin embargo, lo logró a través de esa estructura política que creó y de la cual han sido prisioneros la mayoría de los gobernantes de la última mitad del siglo xx venezolano y con la cual aún luchamos para zafarnos de su pésima influencia.

Polanco abarca la mayoría de los tópicos que circundan la vida del general Gómez. Sin embargo, aunque, como diría el mismo Dr. Polanco, no era el objeto de su trabajo, sería muy importante conocer la opinión política de sus partidarios y opositores, para saber qué pensaban de ese ganadero y militar, que como político logró copar la escena del país durante más de 27 años.

Para el interesado en la política, la obra de Polanco contribuye a la comprensión de la Venezuela de hoy. Tal vez lo más importante de ella, es presentarle al país una fuente para encontrar el origen y la razón de muchas conductas y desviaciones de la política y de nuestra forma de gobernar.

Por otro lado, aunque carezca de toda credencial de apreciación literaria, no puedo dejar de señalar que, como lector, resulta gratificante encontrar una obra escrita en amena prosa, que imbuje en el acontecer histórico, al más desinteresado de los lectores.

[*El Nacional*, jueves 30 de agosto de 1990]

EL GENERAL GOMEZ

Por RATTO-CIARLO

Si muchos demócratas y otros tantos izquierdistas vieron en Juan Vicente Gómez un déspota, rudo, zafio y cruel, Tomás Polanco Alcántara, su reciente biógrafo, haciendo uso de cierta imparcialidad, lo presenta como un agricultor escaso de letras, empero intelectual mucho, precavido y peligrosamente desconfiado. Tales razones "naturales" serían, por lo tanto instintivas, agregaríamos nosotros. Nos guste o no, gracias a esas "suertes", el General pudo durar 27 años en el poder siempre más férreamente autocrático.

Polanco Alcántara expone los hechos y reacciones del dictador con un pragmatismo un tanto similar al de un funcionario del emperador Adriano, al historiador Caio Suetonio Tranquilino.

Su oficio de "Magister Epistolarum" le permitió documentarse libremente en los archivos imperiales. De esas investigaciones salió "La Vida de los Doce Césares". Gracias a su objetividad, el mundo pudo saber, por ejemplo, cómo el joven Nerón gobernó bien para fatalmente degenerar en cesarismo lúbrico y bestial. Murió envilecido. Los Senadores y los Pretorianos lo perseguían. Pávido imploró a un liberto que lo matara con el puñal.

En torno a Juan Vicente Gómez no faltan escritores y biógrafos intencionadamente favorables. Recordamos, al acaso, a Ramón David León, autor de